

Y creo yo —dentro del ya apuntado respeto por su intento— que no le ha salido. El crisol elegido, los personajes en cuestión, acaban por caricaturizar el serio problema. Las relaciones sentimentales establecidas, el andamiaje de los caracteres y problemas individuales, acaba chocando con la reflexión «de» Jaime Salom, enfrentándose los dos planos entre sí e interdeterminándose una constante ingenuidad. Al margen de la capacidad filosófica de Salom y de su potencia posible para entender e interpretar el conflicto histórico de que nos habla, lo cierto es que, en la obra, tal conflicto es una falsa guía psicológica; y, al revés, las exigencias psicológicas son un torpe cauce del discurso sociopolítico. La labor de los actores —en su mayor parte de prestigio y bien conocidos del público— es una prueba fehaciente de lo que digo. No saben cómo vivir su personaje. No saben dónde empieza su

propia realidad y dónde termina su condición de portavoz. Procuran salir del atasco, dando a todas sus frases —y en esto, dada la uniformidad del procedimiento, hay que aludir al director Loperena— un énfasis, una solemnidad, que los hace, a veces, incluso auditivamente incomprensibles. El mismo montaje, con sus infinitos cortes de luz, con su relamida precisión, con su solidez artificiosa, quizá contribuye a esta especie de retoricismo general en que acaba ahogándose la obra de Salom, un intento ambiguo, pero respetable de meter en una historia española la gran «crisis general». Quizá, pienso ahora, ahí esté justamente la imposibilidad del proyecto. Porque aquí, esa gran crisis la estamos viviendo en sordina, y se nos hace espanto —como diría don Ramón— al cruzar los Pirineos.

Y es obvio que Salom no ha trabajado con esa óptica. ■ J. M.

Un cómico contra la guerra

LESTER Y EL CINE «SERIO»

Richard Lester era considerado, hasta «Petulia», como un realizador de cine cómico. «¡Qué noche la de aquel día!», «¡Socorro!» —ambas interpretadas por los Beatles— y «The Knack» le acreditaban como un autor dotado para el género burlesco. Incluso «Cómo ganó la guerra» se entendía como un film satírico, aunque con un «mensaje serio». La verdad es que todo este juego de apreciaciones puede responder al hecho de que el cómico no ha entrado aún en una escala de valores convenientes, u ocupa un puesto rezagado dentro de la clasificación de los géneros. Habrá que recordar nuevamente que cuando se quiso mitificar a Chaplin como genio oficial del cine, no se valoró en primer lugar su extraordinario talento cómico, sino la dudosa filosofía existencial que podía de-

Utilizando los procedimientos narrativos que habían demostrado su eficacia en anteriores films, Lester construye «Cómo ganó la guerra» a la manera de un «comic» brutal y exasperadamente cómico. Las imágenes se encadenan con un rigor que no depende de una historia organizada, de un argumento convencional, sino de un impulso satírico, aparentemente anárquico, pero que persigue objetivos concretos. El primero es poner en solfa los films que, pretendiendo constituir alegatos antibélicos, resultan vagas e insuficientes llamadas a la paz, cuando no justificaciones de la irrevocable condición humana por la agresividad. Lester afirma radicalmente que toda guerra es bochornosa. Pocas veces se habrá expuesto en cine, de un modo tan feroz, la suciedad y el juego de intereses

Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

EL LIO DE LAS ALIANZAS

Aliarse o morir. Esto han debido decirse los socialdemócratas alemanes (vamos a llamarles socialistas, para simplificar) después de su honorable derrota en las legislativas. Y se aliaron. Vaya si se aliaron. Se altaron la manta a la cabeza y se aliaron con los liberales, que pasaban casualmente por allí. ¿Y bien, pues?, que diría un escritor sudamericano de moda, ¿no se habían aliado antes con los democristianos de Kiesinger? ¿Pues luego?

Los liberales. ¡Ay, los liberales! Los tiernos, los solitarios, los vencidos, los apaleados, los finalmente solicitados liberales. Ave rara, preciosa ave delicadamente marginal. O marginada. ¿Son de derechas? ¿Son de izquierdas? ¿Qué serán, serán, serán? Son las dos cosas a la vez. Genial e indisolublemente: despliegan el ala izquierda cuando sobrevuelan campos políticos, el ala derecha cuando sobrevuelan sembrados económicos. Esta irreductible contradicción es su lote permanente. Así vuelan, dando bandazos. Ayer excitadísimo por la experiencia Dubcek (caramba, pero si somos socialistas), hoy no menos excitados por el «capitalismo popular» de Pompidou (caramba, pero si somos... liberales). ¡Ay, liberal amigo, alma noble e incomprensible! Te dicen del siglo XIX (ahora incluso se escribe todo junto), pero ahí estás, en plena era lunar, más pincho que un hisar, imperturbable en medio de la tormenta. Tú, tranquilo. Que al final terminan por acordarse de ti. Pero, hombre, si estaban ahí los liberales. Y vienen a buscarte todos, Kiesinger y Willy Brandt, con regalos, con flores, con carteras ministeriales. Y, claro, te vas con Willy Brandt. Porque es que lo de Dubcek te marcó visiblemente. Es una bella alianza. En el fondo, si bien se allan las cosas, todas las alianzas son posibles. Sin darse cuenta, los alemanes resolvieron hace tiempo esta difícil papeleta con una letra: la letra "D", que quiere decir "demócrata" (con alguna "K" por el medio, supongo). Después de lo de Hitler, y para que no hubiera dudas, la letra "D" fue colgada, muy mayúscula y muy visible, del cartelito anunciador de todos los partidos políticos alemanes, incluido el N.P... D. Esta hábil manipulación del alfabeto facilita ahora notablemente las operaciones aleatorias. Gracias a esta formidable "D" común y verdaderamente democrática —ya que se aplica a toda la población del país sin excepción—, los alemanes podrían aliarse todos sin mayores dificultades, incluidos los del señor Ulbricht, que también tiene su "D", como está mandado. Lo que pasa es que todavía no se han dado cuenta.

Y lo mismo debía hacerse en todas partes. Porque si la gente no se alía, luego viene aquello de las colusiones, que dicen los chinos, y que es lo mismo pero peor. Nada, nada, a aliarse tocan. Todo consiste en dejarse de tiquismiquis y remodelar así para la causa el conocido refrán castellano: «Allate bien y no mires con quién».



ducirse de su personaje de Charlot. Es decir, la categoría cómica resultaba poco menos que vergonzante a la hora de calificar la genialidad de un autor.

Con Lester ha ocurrido algo parecido. A propósito de «Petulia», su film menos cómico, se reconsideró su obra anterior, para encontrar en ella los gérmenes de esa «gravedad» que manifestaba. Era fácil hallar factores de una actitud crítica en «Cómo ganó la guerra», pero los dos films de los Beatles y «The Knack» resultaban descaradamente cómicos...

Esa pereza metodológica, la tradicional aversión crítica a la expresión cómica, inducen a considerar que un film sobre la guerra debe ser tratado «en serio». Pero el objetivo inicial de «Cómo ganó la guerra» es parodiar las películas antibelicistas. Lester arremete contra esos films de contenido humanista, blandos, conformistas. Su sarcasmo es evidente a la hora de plantearse un film en el que no hay buenos y malos, ya que la única maldad reside en el simple hecho de la existencia de una guerra.

de un conflicto bélico. No hay la menor complacencia, por supuesto, en la descripción de «los horrores de la guerra». Hay, eso sí, la necesaria meditación sobre el significado de unas muertes, que se producen de forma irremediable: la frase de John Lennon, en el momento de morir, dirigiéndose al público: «Ya se imaginaban ustedes que esto tenía que pasar». No es una broma, no es un chiste; o lo es, en la medida que esa «gracia» trastorna el sentido de la situación, convirtiéndola en una trágica paradoja.

Un actor extraordinario, Michael Crawford, a quien hemos visto en otros dos films de Lester: «The Knack» y «Golfus de Roma», encarna al protagonista, el oficial Goodbody, cuyas memorias apócrifas constituyen la trama narrativa del film. Se trata de un actor excepcionalmente dotado, de un cómico completo, inspirado, creador. Su interpretación significa un auténtico «show». Pero, junto a él, Lester ha agrupado una serie de actores que comunican esa constante sensación de autenticidad que caracteriza a todos sus films. ■ J. G. D.



COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Clíra y Archivo.